

Guía No. 11

Creer



**«Tú eres más íntimo a mí
que mi propia intimidad,
y más elevado que lo más
elevado que hay en mí».
(San Agustín, Confesiones).**

A Dios accedemos a través del ser humano. En la medida en que asumimos nuestra realidad y entendemos al ser humano seremos capaces de relacionarnos sanamente con los otros y con el Dios de Jesús.

Creer quiere decir, en palabras de San Pablo, saber “porque tenemos puesta la esperanza en Dios vivo” (1 Tm 4, 10) o, como lo diría el apóstol San Pedro: “Estan prontos para dar razón de su esperanza a todo el que se la pida” (1 Pe 3, 15). La fe no es una acción ciega e involuntaria sino que implica libertad y acogida del Misterio. En esta oportunidad nos acercaremos a comprender la dimensión antropológica de la fe.

La dimensión antropológica de la fe.

La fe se ha entendido a lo largo de la historia como respuesta a la revelación de Dios que se manifiesta en palabras y acontecimientos, lo que ha determinado su referencia al ámbito de lo religioso. En este sentido al creyente (al que tiene fe), se le han hecho, a raíz de la modernidad, dos críticas cuya puerta abrieron los filósofos de la sospecha (Feuerbach, Freud, Nietzsche, Marx): la inevidencia de la fe y el hecho de que ésta crea dependencia. Esto significaría que el ser humano al hacer un acto de fe, realizaría un acto contrario a la razón (inevidente) y contrario a la dignidad y libertad del ser humano (dependiente), lo que la convertiría en indigna del ser humano, y al acto de fe en un acto infantil y alienante. Sin embargo, para responder a esta crítica radical que hace de la fe una ilusión alienante, hay que aclarar que ésta no comienza en el área de lo religioso ni se refiere, en primer lugar, a Dios.

Hay una dimensión antropológica de la fe, previa a su dimensión religiosa; más aún, sin esta base antropológica, la dimensión religiosa de la fe no sería posible, no tendría sentido, ni sería digna del ser humano. Por tanto, calificar a la persona humana de homo credens (hombre que cree) puede resultar tan legítimo, tan originario, tan determinante y tan integrador como calificarla de homo sapiens. Ya en el siglo II, Teófilo de Antioquía escribió: “¿Es que no sabes que la fe va delante de todas las cosas? Pues, ¿qué labrador puede cosechar, si primero no confía la semilla a la tierra? ¿O quién puede atravesar el mar, si primero no se confía a la embarcación y al piloto? ¿Qué enfermo puede curarse, si primero no se confía al médico? ¿Qué arte o ciencia puede nadie aprender, si primero no se entrega y confía al maestro?”. (A Autólico, I,8).

Por ello vamos a analizar cómo la fe es una estructura fundamental de la existencia humana, una dimensión permanente que hace posible la vida cotidiana, el progreso humano y el encuentro con el otro. De este modo, prescindir de la fe no es ganar en autenticidad y grandeza, sino perder parte de la integridad humana.

La fe hace posible la vida cotidiana.

En la vida cotidiana hacemos frecuentes actos de fe sin apenas darnos cuenta. Así cuando abordamos un autobús, pagamos y pasamos adelante. No se nos ocurre preguntar al chofer si tiene carnet de conducir un bus. Nos fiamos que está acreditado para

ello. Hacemos un acto de fe de que la empresa que controla los autobuses habrá analizado las condiciones pertinentes, pero nosotros no lo comprobamos.

Si acudimos al médico, no comprobamos si tiene el título de Licenciado en Medicina, si ha hecho la acreditación correspondiente a su especialidad, suponemos que la entidad de Salud controla que los médicos que trabajan en sus centros sanitarios tengan la formación y la titulación acorde al desarrollo profesional que va a realizar. Nosotros tampoco comprobamos en este caso la idoneidad de los profesionales sanitarios.

Y es que nuestra sociedad está constituida desde la confianza básica de unos en otros y optamos por no comprobar todo. Eso sería inviable para la vida cotidiana.

La fe hace posible el progreso.

Por otra parte, la fe favorece el progreso: el del pensamiento y el de la ciencia. No se pueden oponer ciencia y creencia, pues, de hecho, la creencia juega tan gran papel en la ciencia como en casi todos los otros sectores de la actividad humana. Los niños, en la escuela, aprenden, porque se fían del maestro, aunque luego terminen pudiendo comprobar por sí mismos la certeza de lo recibido. Pero, de entrada, se creen lo que el maestro afirma y lo aceptan. A otro nivel las ciencias progresan porque los investigadores no parten de cero, sino que aceptan (creen) las conclusiones a las que otros han llegado. Así avanza el saber. Así, el ser humano necesita acoger al otro, no sólo para realizarse como persona, sino también para conocer. Desde este punto de vista, la fe hace posible el progreso.

La fe hace posible el encuentro con el otro.

La fe hace posible la comunicación, nos abre al otro en lo que tiene de indisponible, nos permite el acceso a lo oculto de su ser. Por muchos análisis biopsicológicos a los que sometamos a una persona, no podremos conocer su intimidad más que si entre los dos se abre una corriente de "confidencia" (cum fide) y de simpatía. La libre aceptación de la presencia de otro junto a mí y de su intervención en mi vida, el conocimiento de lo que esa persona es y tiene en su intimidad personal, aquello que es más auténticamente suyo y que nadie puede conocer si ella no lo ofrece, sólo puede ser alcanzado mediante el don de sí y la fe. La fe humana, pues,

hace posible la convivencia y la comunicación. La única manera de establecer relaciones con alguien, un hombre o un dios si lo hubiera, es mediante la confianza y la aceptación mutua. Este es el comportamiento más normal, más humano que podamos imaginar.

Conclusiones.

Este aspecto de la fe, como posibilitante del encuentro con el otro, nos conduce a lo más profundo y personalizante de la misma. Esto nos abre a la comprensión de la fe como encuentro interpersonal que abarca a la totalidad de la persona, con su inteligencia, su voluntad y sus sentimientos. Entonces "yo creo" significa: "yo creo en ti, te creo", confío plenamente en ti y en lo que tú me dices. La fe viene a ser la forma por la que yo tengo acceso a la persona del otro, a su intimidad más profunda, a su realidad más genuina. Sólo se conoce la hondura personal en la medida en que se cree a la persona en sí misma. La fe es, entonces, respuesta a una oferta de amor y posibilidad de participar en la vida del amado, en su pensamiento, en su manera de ver. La fe ha dejado el terreno de la sospecha y ha entrado en el ámbito de lo personal, de lo vivificador, de lo transformador, convirtiéndose así en la forma eminente del conocimiento.

Teniendo en cuenta que la fe hace posible la vida cotidiana, el progreso y el encuentro con el otro, podemos decir que la fe, aunque no es racional, es razonable, o lo que es lo mismo, pertenece a la esfera de lo humano. Teniendo en cuenta esto, muchas de las críticas que se han hecho a la fe religiosa y que provienen de entenderla únicamente como creencia, como aceptación autoritaria de una serie de verdades o conocimientos, caen por sí mismas. La fe en Dios se sitúa también en la línea de la posibilidad del encuentro con el otro. Desde esta perspectiva supone la acogida y la aceptación de lo que Dios nos ha dicho de sí mismo a través de su revelación. Él nos sale al encuentro y espera nuestro amor. Por ello, la fe no pretende tanto asumir ciertas verdades objetivas, sino que dichas verdades me las creo porque me fío de Él. Aquí, en relación a Dios podemos aplicar el mismo paradigma que en las relaciones interpersonales: Yo me fío de Ti, por ello creo lo que "me" dices, te creo.

Oración



Lee silenciosamente y medita el siguiente Salmo.

Salmo 138

*Señor, tú me examinas y conoces;
sabes cuándo me siento
y cuándo me levanto;
tú conoces de lejos lo que pienso;
tú sabes si camino o me acuesto
y tú conoces bien todos mis pasos.*

*Aún no está en mi lengua la palabra
cuando ya tú, Señor, la conoces entera.
me abrazas por detrás y delante,
después pones tu mano sobre mí.
Tu ciencia es un misterio para mí,
tan grande que no puedo comprenderla.*

*¿A dónde podré ir lejos de tu espíritu?
¿A dónde podré huir lejos de tu presencia?
Si subo a las alturas, allí estás,
si bajo a los abismos de la muerte,
allí también estás.*

*Si le pido las alas a la Aurora
para irme a la otra orilla de los mares,
también allá tu mano me conduce
y me tiene tomado tu derecha.
Y si dijere entonces:
"¡Que me oculten, al menos, las tinieblas
y la luz se haga noche en torno mío!"
Pero, aun las tinieblas
nada tienen de obscuro para ti,
y la noche ilumina como el día.
Pues tú, Señor, formaste mis entrañas,
me tejiste en el seno de mi madre.*

*Te doy gracias por tantas maravillas
que tú has ejecutado;
en efecto, admirables son tus obras
y mi alma bien lo sabe.*

*Mis huesos no escapan a tu vista
cuando yo era formado en el secreto,
o cuando era bordado
en las profundidades de la tierra.
Tus ojos ya veían mis acciones
y ya estaban escritas en tu libro;
los días de mi vida ya estaban trazados
antes que ni uno de ellos existiera.*

*¡Cuán difíciles son tus pensamientos
y su suma es, oh Dios, incalculable!
Si me pongo a contarlos,
son más que las arenas;
y cuando me despierto,
aún estoy contigo.*

*Examíname, oh Dios, mira mi corazón,
ponme a prueba y conoce lo que siento.
fíjate si es que voy por mal camino
y condúceme por la antigua senda.*



